

AURELL, J.; BALMACEDA, C.; BURKE, P.; SOZA, F. (2013). *Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico*. Madrid: Ediciones Akal S.A. 493 pp. ISBN: 978-84-460-3727-9.

DIEGO EINAR HEREDIA*

**Facultad de Filosofía, Humanidades y Arte
Universidad Nacional de San Juan**



Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico es el resultado de la autoría colectiva de reconocidos y prestigiosos docentes e investigadores: Jaume Aurell, Catalina Balmaceda, Peter Burke y Felipe Soza. En nueve capítulos, escritos de forma accesible, brindan un amplio conocimiento de la historiografía de la Historia, desde sus orígenes en la antigüedad clásica hasta las actuales tendencias del siglo XXI.

En el capítulo primero, *La Antigüedad clásica: Grecia y Roma*, Balmaceda se aboca al tratamiento de Heródoto, Tucídides, Jenofonte y los historiadores helenísticos: Polibio, Dionisio, Arriano y Plutarco. En Roma, la autora distingue, una Historia republicana y otra Historia imperial, ocupándose

*Alumno avanzado de la carrera Licenciatura en Historia. Adscripto en la cátedra “Arqueología General”, (2011-2012). Participó en la Comisión Organizadora del XI Congreso Nacional de Estudiantes de Arqueología. Adscripto al proyecto: “San Juan en la transición hacia su organización constitucional, en el marco de la Historia de la prensa escrita provincial, 1857-1858”, del IIHRyA.

de autores como Salustio y Tito Livio. Así, el estudio de sus obras, nos permite reconocer el desarrollo de la conciencia histórica y la mirada racional frente al pasado, detectando aquello que permanece en la actualidad de esos modelos clásicos. Estos buscaron un conocimiento del pasado, que respondía a las necesidades de su propio tiempo, por medio de la aplicación metódica de la investigación. Todo ello, a partir de desarrollar una trama eminentemente narrativa, bajo una concepción cíclica del tiempo histórico.

El capítulo segundo, *La Antigüedad tardía: la historiografía cristiana y bizantina*, cuyos autores son los mismos que el primero, se encuentra dividido entre la Historia del cristianismo, de la iglesia y de la salvación, incluyendo la historiografía bizantina. En él, encontraremos el pensamiento de San Agustín, Eusebio de Cesarea, Isidoro de Sevilla y Zósimo, entre otros. El tiempo histórico cristiano era lineal, tenía un principio y un fin delimitados por la creación, el nacimiento de Cristo y el juicio final. Esta Historia, naturalmente providencial, escrita en griego o latín, debía aportar ejemplos pedagógicos para ser imitados o evitados.

La historiografía medieval: siglos IX-XV, es el capítulo tercero de esta obra. Éste es abordado por Aurell quien trata las características intrínsecas y el desarrollo de la escritura histórica del período y sus principales representantes. En su concepción lineal del tiempo, la historiografía medieval buscó afianzar las formas de organización política de su presente. Se indagaron fundamentos genealógicos que demostraran la continuidad dinástica de un linaje gobernante, en un pasado remoto, generalmente mítico. Resulta importante destacar, además, la utilización de una estructura narrativa y descriptiva que tendía a hacerse vernácula, acompañando así la consolidación de identidades nacionales.

En el cuarto capítulo, *Del Renacimiento a la Ilustración*, Burke sostiene que la historiografía renacentista intentó revivir al latín clásico. Ello le permitió desarrollar un estilo narrativo que brindaba ejemplos para la educación política de los estamentos dirigentes, gracias a una visión cíclica del tiempo. Tanto la Reforma como la Contra Reforma, usaron la Historia para legitimar sus posturas

teológicas, avivando el interés por la consulta de los documentos originales. Esto permitió el desarrollo de la crítica textual e incentivó el uso de los archivos con fines indagatorios. Gracias a Jean Mabillon, durante la Ilustración, por medio de la crítica documental y la autenticación de los restos materiales, la disciplina pudo superar las acusaciones de falacia y parcialidad iniciadas por Enrique Cornelio Agrippa y culminadas con Voltaire. Conforme la Ilustración se consolidó, paulatinamente se incorporaron, a la producción historiográfica, conceptos tales como, “revolución” y “progreso”.

Burke, en el quinto capítulo, *Más allá de Occidente: Islam y China*, aborda las características y el desarrollo de estas extensas tradiciones historiográficas. Podemos resaltar que en ambas prevaleció la preocupación por la función pedagógica, crítica y moralizante, destinada a los sectores gobernantes. Las distorsiones, falacias y la veracidad de las fuentes fueron objeto de interés que, en el caso chino, durante el siglo XII, condujo a una vuelta a la antigüedad: un Renacimiento neo confusionista que buscó depurar los documentos, a fin de recuperar las palabras originales del maestro. A mediados y fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, ya sea desde Turquía, Egipto o Japón, el mundo oriental se abrió a las corrientes historiográficas occidentales del positivismo, materialismo histórico y los *Annales*.

El capítulo sexto, *El siglo de la historia: historicismo, romanticismo, positivismo*, escrito conjuntamente por Aurell y Burke, se aboca al siglo XIX, período durante el cual surgieron el nacionalismo y el positivismo. Al tiempo que emergieron los movimientos de conciencia nacional que llevaron a la consolidación de las primeras escuelas historiográficas de ese tipo, la educación incorporó la enseñanza de la Historia como forma de inculcar valores patrióticos. Gracias a la escuela romántica herderiana, la dialéctica hegeliana y a la “*Monumenta Germaniae Histórica*”, surgieron grandes historiadores románticos como Adolphe Thiers y Francois Mignet o Jules Michelet, liberales como Alexis de Tocqueville, o autores vinculados con la unificación germana como Droysen, Mommsen y Sybel.

Sin embargo, fue en Alemania donde, gracias a Leopold von Ranke, el paradigma comteano se aplicó a la Historia, haciendo de ésta una ciencia caracterizada por la búsqueda de la objetividad, la separación entre el pasado analizado y el historiador que lo analiza, la hegemonía temática de lo político y diplomático, la primacía documental por sobre cualquier otro tipo de fuente histórica y la aplicación omnímoda del método experimental de las Ciencias Naturales.

Aurell y Burke, en el capítulo séptimo, *De entre siglos a la década de los setenta: la reacción frente al positivismo*, advierten que, en el cambio de siglo, los esquemas nacionalistas y positivistas comenzaron a ceder ante nuevas corrientes que separaban epistemológica y metodológicamente a la Historia de las Ciencias Naturales, poniéndola en contacto con la naciente Sociología de Emile Durkheim y Max Weber. En el período de entre guerras, surgió el Historicismo, una corriente que abogaba por la conformación de ciencias verdaderamente sociales, resaltando el sentido específicamente histórico del hombre. Entre sus autores más sobresalientes podemos mencionar a José Ortega y Gasset, Benedetto Croce y Robin, G. Collingwood.

Sin embargo, el movimiento historiográfico occidental más importante del siglo XX, fue la revista francesa *Annales*, fundada por Marc Bloch y Lucien Febvre. Ésta pasó por tres generaciones: la primera (1929-1956), liderada por sus fundadores, tuvo una inclinación marcadamente social y abrió espacio a la interdisciplinarietà; la segunda generación (1956-1969), encabezada por Fernand Braudel, estuvo signada por el estructuralismo histórico; mientras que la tercera (1969-1994) se encontró atravesada por la Historia de las mentalidades y las figuras de Jacques Le Goff y Georges Duby. Los autores del capítulo sostienen que el futuro de la revista es incierto debido a la desintegración de las escuelas nacionales y a la falta de referentes metodológicos aglutinantes.

En el siglo XX, el marxismo adquirió auge especialmente en Inglaterra, con autores de la talla de Perry Anderson, Raymond Williams, Eric Hobsbawm y

Edward P. Thompson, abarcando temáticas como la transición del feudalismo al capitalismo o la formación de la clase obrera.

En el octavo capítulo, *Las tendencias recientes: del giro lingüístico a las historias alternativas*, elaborado también por Aurell y Burke, podemos conocer cómo los modelos estructuralista, cuantitativista y marxista hegemónicos desde la segunda guerra mundial, en la década de 1970, perdieron lugar ante el avance del Posmodernismo. Éste, influido por el pensamiento de Jean-Fraticois Lyotard o Michel Foucault, aportó a la Historia, principios necesarios para aumentar el rigor de análisis, contextualizar las fuentes, corregir errores de visión; todo ello, permitió reconocer la primacía del lenguaje y los símbolos. En este complejo contexto, se produjo un giro antropológico, con referentes intelectuales como Georges Dumézil y Clifford Geertz, que permitió a destacados historiadores, como Natalie Z. Davis, Carlo Ginzburg, Peter Burke, Robert Darnton, estudiar las fiestas, cultos populares y la vida ritual en la sociedad moderna. Del mismo modo, la historiografía experimentó un giro lingüístico, vinculado a las teorías de Ferdinand de Saussure y el deconstruccionismo de Jacques Derrida, en donde aquella pasó a ser una red lingüística proyectada hacia el pasado. Las grandes consecuencias de este giro fueron el relativismo y el perfeccionamiento de las técnicas del relato y la narración histórica.

En la década de los '80, debido a los cambios anteriormente mencionados, se produjo una fuerte crisis superada por medio de una tercera vía, síntesis del viraje antropológico y el lingüístico, que se concretó en la nueva Historia cultural, la microhistoria, la nueva Historia política, la Historia de la vida cotidiana, la Historia desde abajo, la Historia de género, entre otras.

En la actualidad, existen tendencias que buscan un conocimiento que contemple los procesos que conectan y vinculan política, social, cultural y económicamente a diferentes regiones del planeta y evidencian relaciones de poder a nivel mundial. De este modo, comienza a emerger la Historia del medio ambiente o la Historia global.

Soza, en el noveno y último capítulo, *La historiografía latinoamericana*, nos propone un ordenado y minucioso tratamiento de la historiografía de habla hispana y portuguesa. El autor comienza considerando la concepción del pasado y las formas de transmisión escrita y oral que las culturas precolombinas utilizaron, para luego introducirnos en la Historia de las conquistas, teniendo en cuenta la complejidad y características del choque cultural, sus expresiones y máximos representantes. De este modo, avanza hacia la *Historiografía criolla* en la que se cristalizó el advenimiento de una conciencia americana, en función de la diferencia y la autodefensa ante la mirada europea. Teniendo en cuenta el período que va desde la independencia hasta la profesionalización de la práctica del historiador, en los claustros universitarios en el siglo XX, Soza divide a la historiografía latinoamericana en tres grandes regiones: *Sudamérica hispana*, *México* y *Brasil*, abarcando las características políticas y sociales de cada una, desde sus orígenes como naciones libres pasando por los procesos de conformación y organización nacional.

La Historiografía latinoamericana experimentó un proceso de consolidación y renovación, entre las décadas de 1940 y 1980, abandonando los modelos positivistas y adhiriendo a los *Annales*, la escuela económica y social, entre otras.

En la actualidad, los trabajos históricos decantan hacia la nueva Historia cultural, la nueva Historia política y la renovación en los estudios de la Independencia.